

Antología de Matias Bravo

Presentado por

Poemas del Alma 

Dedicatoria

A mi revolución.

Índice

Los cigarros de después

Allende el todo: tu belleza

Acércate, me dijo

Ausencia de libertad

Hades, el capitalista

A Badajoz

La cámara Kirlian

Vestigios de un girasol imbécil

De cháchara con el mono de la fachada

Reminiscencias tamarizadas

Sin perfeccionismos: te quiero

No te bastaba con ser musa

Lo que escupió el mar

Veneno de adelfa

Motín en mi hipotálamo

Los cigarros de después

¿Recuerdas que nuestra cama era la sinalefa
que unía mi final con tu principio,
cuando el mundo jugaba con nosotros
convirtiéndonos en mutua y bella metonimia?

¿Recuerdas cuando tus te quiero dolían menos
que estos adiós y se acompañaban
de cigarro de después?

Exijo derecho a elegir psicopompo propio,
reclamo la vuelta innegociable de aquellos,

la sensación de ser acanto en el capitel de tu columna.

Yo hoy recuerdo cuando desenconabas las rosas
limpiando las espinas de su amargura
cual cielo que libera a la tierra con lluvia,
cual madre que viste a sus hijas de dulzura.

Yo recuerdo el suspiro de tus labios en los recoletos
del río que baña y parte en dos la ciudad,
ciudad a nosotros concatenada como estos versos.

Y deseo tu vuelta como recurso literario que endulce poemas,
el retorno de nuestra vida de dos tropos que se quieren,

la ausencia del acíbar acoquinado que desprende la soledad.

Allende el todo: tu belleza

Allende el todo.

En los albures de tu Dios y de mi Nietzsche,
en las disputas de si Vygotski o si Kantor.

Allende el todo.

En mis cervezas, en tus tintos,
en la máquina de café de la facultad,
en el Blue Parrot o en el Perrisabor,
en los incontables sitios donde me enamoré
de las penas que narraba el tatuaje de tu muñeca,
y de tus sonrisas,

en el poema de Lugones que me recitabas
cada noche antes de subir a tu habitación.
Sabiendo que me derretía con esos versos,
pese al mundo y medio entre ese autor y yo.

Allende el todo.

En el invierno que nos fumamos juntos
aún sin fumar ninguno de los dos,
en los portales que nos refugiaron,
en la canción que tarareabas,
en mi cazadora sobre tu cuerpo.

Allende el todo.

Aquende la nada.

Reside allende la patria
el ayer y el mañana
la tierra y el cielo:
tu belleza sin fronteras.

Acércate, me dijo

Acércate, me dijo.

Como si no tuviera delante
un río repleto de cocodrilos,
al Cid y su Tizona desafiante.

Obviando los catorce ochomiles,
las *ricinos comunnis*,
los adalides de la castidad.
Soslayando al nieto de Éaco y Endeis
y a Hannibal Lecter
que se aliaron, incluso,
con el-que-no-debe-ser-nombrado
y su varita de saúco
para defender nuestra frontera.

Acércate, me dijo.

Como si no hubiera idiosincrasia
antisocial y anárquica
que nos impidiera ser dos.
Como si no existiera bandinización
previa en el Blue Parrot
con su bipolaridad del más grande
y, a la vez, derrotado escritor.
Como si no la mentira utópica
del ya nos veremos,
como si no fletes de embarque,
como si no galimatías
de un dios y sus misas
y retiros espirituales.
Como si no chacoloteasen
las herraduras de los caballos
que galopan su cabeza.

Acércate, me dijo.

Y me lo dijo con su forma
única y llana
de mirarme,
y con su sonrisa.
Como si no hubiera todo eso y más
entre esa meta y yo.

Y al final tuvo lugar el desmadre,
el jäger agrandando desvaríos,
con su atravesamiento perpendicular
e inquisidor de gargantas ajenas
duplicado por el calor de una sonrisa,

por el calor de su sonrisa,
por el calor,
por la sonrisa,
incoó la aproximación sugerida;

a mí, un cuasi-eterno pospretérito
de esos que en el futuro les gustaría
ser recordados como pretérito perfecto,
y la noche me pilló nadando un río,

y no logré pasar del primer cocodrilo.

Ausencia de libertad

La ausencia de libertad son mis besos condenados al exilio,
mis ganas acuchilladas de escalar tus piernas y montañas
y el desafuero de mis privilegios sobre tu ombligo.

La ausencia de libertad es el descabado progresivo
de las bases que sustentaban nuestro amor,
de los te quiero y de los no te vayas todavía,
de los quédate un rato más,
al menos hasta que construyamos juntos
el templo donde se realice la advocación de tu sonrisa.

La ausencia de libertad es el desbordamiento de versos,
todas estas palabras vacías rebosando falacias y distopías,
la desaparición del silencio poético que encallaba
en mi laringe cada vez que me rozabas la piel,
la apepsia que me provoca tener que tragármelas todas
y no tener tu lengua como medicina básica
para segregarme de nuevo el estómago,
ni la contemplación de tu desnuda espalda,
como cada vez que involucionábamos
y como seres paleolíticos nos queríamos.

La ausencia de libertad es que no haya
ni las caricias esquirolas
que se saltaban las pautas preestablecidas
en las huelgas de tus enfados.
Ni siquiera caleidoscopios de sentimientos
provocados por el segundo metafórico
que transcurría entre la pleamar
y la bajamar de tu saliva
en mi paladar.

Un hecho completamente proporcional
al aumento del tamaño del intersticio
que nos separa.

Que no me hablen esos locos de ausencia de libertad.
La ausencia de libertad no es más que la ausencia de ti,
sin mayor epílogo que la hendidura que deja en mi cama.

Hades, el capitalista

Eres a las válvulas de mi corazón
lo que Théroigne de Méricourt
a los ideales de la revolución.

Ni bebiéndome las aguas del Lete enteras
borraría un solo ápice de lo que representas:
mi organismo y su hecatombe,
mi piel y su humectación,
tu mirada y mi yo.

Sabiendo a mi Amazona de la Libertad
al otro lado del Aqueronte lavándose
y yo por su orilla vagando
mientras que Caronte
retorna el río;

y yo sin moneda.

¡Maldita la hora del palabrerío
en que te invité a aquella cerveza!

¡Maldito Hades y su capitalismo,
que va exigiéndole dinero a uno
hasta para pudrirse en su inframundo!

A Badajoz

Me encanta cerrar los ojos y recordar tu risa,
le declamaba a gritos desde su pared Badajoz,
infundiendo mis recónditos
de achares e irritaciones;

y tiene el valor de decirme que se muere de amor.

Cómo no recordar una risa tan prodigiosa,
avezada de trocar al más versado en inculto
y provocar miles de sueños
en los poco soñadores;

y de revivir con el calor del amor a los difuntos.

Que yo también evoco su alegría y me acaloro,
pero no por ello me da por ir tiznando paredes
ni voy por ahí vociferándolo
a los cuatro vientos;

mas no será por apetencia de incendiar recipientes.

Yo asimismo lacro mis dos ojos y la diviso, Badajoz,
sin embargo da mayor gozo el suceso de que al abrirlos
su risa perdure ahí cosechando
miradas desvergonzadas;

discerniéndose destinataria de mis deseos expedidos.

Que sí Badajoz,
que me parece muy bien que recuerdes su risa;
pero, ¿morir de amor? Amarla es para un loco,
y ese puesto ya está cogido.

La cámara Kirlian

"Tomémonos una foto en la que se oculten nuestras caras,
capturémonos con una cámara Kirlian tan solo los cuerpos
y el sobresaliente amor que los bordea en forma de aura."

Me decías, zapateando en el trece de la calle de los churros,
por donde en días de lluvia el agua resbala desde la Plaza Alta,
y no solo el agua es lo que rueda, hasta la Catedral de San Juan.

Qué asequible, qué elemental, qué fácil, qué sencillo
modelaba tu nervio óptico las imágenes del mundo.
Como si se hubieran inventado álbumes en el universo
capaces de recoger la mitad de todo lo que sobrevino
en la ciudad musulmana del río,
lo que en la ciudad de las dos catedrales en una versó,
aquello que el castillo y el alma amurallada
dentro de aquel poblado portugués vislumbró.

Por no contar aquello de tus tierras seronas,
donde ni Brigid, ni Hefesto, ni Vulcano,
ni ninguna otra mitologización
en forma de dios o diosa,
bien antigua u hodierna a nuestro tiempo,
hubiera sabido soportar tu fuego.

¡Qué cámara Kirlian, ni qué ocho cuartos!
Qué aparato o invento de última generación
va a sentirse competente
de inmortalizar en una imagen
algo que ya es inmortal per se:
la contemplación de tus labios moviéndose al ritmo
de una de las flores del mal
prohibidas de Baudelaire
mientras una cerveza mi garganta acaricia,
sentados, rodilla con rodilla,
en la terraza del Blue Parrot

*«le rire joue en ton visage
comme un vent frais dans un ciel clair.»*

Para qué necesitas foto, si esos versos ya te han delineado.

Vestigios de un girasol imbécil

Cómo no me pude dar cuenta
cuando mi cochambrosa cazadora
en ella parecía un Armani Privé
en cualquier alfombra roja.

Que no había Madrid, ni Nueva York,
ni siquiera Buenos Aires que valgan,
cuando subía detrás de ti la escalera
desde la barra del Blue Parrot
hasta la canción de Sabina
con la que te quitaba las bragas
en tu habitación.

Una madrugada antes de que tú te confesaras,
por última vez,
por los dos.

La recuerdo con sus labios entreabiertos
recitándome a Vanesa Pérez
en la cama:
"dime,
(...)
por qué nunca pasaste los dedos
a través."

Y el amor me golpeó fuerte en la cara
y esnifé el olor que me ofrecía la vida,
y así fue como la musa se convirtió en mujer.

Cómo iba a saberlo yo en aquel entonces.

El miedo camuflado de alcohol en sangre,
el coche blanco con puertas estropeadas
a marchas forzadas por la Gran Vía de nuestras vidas;
canciones inacabadas llenas de gerundios
y versos sin sujeto,

pero con un claro ?te como pronombre enclítico.

Todo eras tú y yo sin darme cuenta.
Aquel loro azul que sucumbió al color de una negra mentira.
Aquellas miradas de ojos de iris azules y pupilas dilatadas.
Aquel clítoris sabor cocaína y sus orgasmos de cerveza.

Todo eso eras el día que la noche se hizo eterna,
cuando los girasoles paramos de mirar al sol
para mirarte a ti.

Y yo,
contigo en mi cama y sin darme cuenta.
El único girasol imbécil de la Tierra.

No sé si es el humo denso que escupe el cigarro,
o el destroce progresivo de este ron en mi organismo
en la terraza de nuestro loro azul,
el recuerdo de aquel invierno cálido
abrigados por las piedras árabes
-que ya no abrigan-
y protegidos
por el río que cruzaba nuestro puente
-que ya no protege-.

No sé si es mi cerebro que se ha vuelto loco de repente,
o estas letras de Bukowski que penetran mis ojos
y que ya no entiendo
pues se confunden con los desvaríos que te escribía
-pobre Charles, no te mereces este descenso-,
esa puta canción de fondo que golpea
como un martillo en bucle eso que llaman alma
con la que pensaba que nunca nadie podría.

No sé si es porque ese alma, tan sólida anteriormente,
se está deteriorando por todo este compendio de cosas
y sale al exterior en forma líquida
para limpiar lo que mis ojos han visto.
Y ya no ven.

No sé si es porque eras tú
o porque éramos nosotros
y ya no lo somos.

Pero el caso,
el estado de la cuestión incuestionable,
esa que cada equis tiempo viene a mi mente:

hoy me he acordado de ti,
y te he vuelto a echar de menos.

¿Por qué no me di cuenta antes?
Ahora que ya no te tengo,
es cuando más te necesito.

De cháchara con el mono de la fachada

No te sorprenda si un día te encuentra
alguna luna llena leyendo las letras
que le robé y junté a un mono
sentado en su escalera.

No te ofusques si no descifras
el camino exacto de mis versos:

de la mierda a ella,
de ella a la mierda,
viceversa.

Ay,

que los ríos metafísicos
[de los que hablaba ese argentino
de acento parisino]
no tienen tan solo el nombre de su Maga;
que de aguas metafísicas ella mares detentaba,
y terminaron por tragar el amor de mis palabras.

Si en una de estas a ese mono alcahuate
le da por preguntarte por mi paradero,
cuéntale que me fui lejos a olvidarla.
Y que ahora ando, o antes anduve,
en una bicicleta blanca pintada de negro
por Holanda y sus campos de tulipanes,
buscando fantasmas en una casa de Nueva York,
en un carnaval bajo la mirada del Cristo Redentor,
en un concierto de jazz en la rue des Lombards
en pleno mayo del 68,
recibiendo bombazos en Siria a pecho descubierto,
en la frontera de Gaza gritando libertad.

O cuéntale que nunca salí de Cáceres.
Que fui una falacia galopante
de estribo a estribo
atrincherada en su fortificación.
Que ella fue una mentira,
que pasó de cinco a seis letras
y en un futuro podrían ser diez
[cinco letras por M,
seis letras por T,
por la R empezarán las diez]
y que lo único cierto era él
como receptor de quimeras.

O ni eso
vete tú a saber.

Que lo único innegable
puede que sea este craso café
en este idílico medio magnético.
Ese saxofón detestable
que nada tiene que envidiar
al primero que se creó en Dinant,

o lo único irremediablemente cierto
sea esta librería-café Psicopompo,
mis pláticas eternas con ese mono,
que quizá no eran más que chácharas
con alguien que no hablababa
aunque yo creyera que sí,

el puente que se irguió sobre un río,
entre esa mujer con nombre de droga
y Tamara, con un ojo en la revolución,
de vuelta a Tamara,
de la literatura
a Tamara,

con Tamara en las letras,
con Tamara en un ojo,
con olor a marihuana,

pero sin Tamara.

Reminiscencias tamarizadas

Por esa puta manía tan suya

de atrincherarse en mi hipotálamo
y llenar de reminiscencias tamarizadas
el río del que beben mis organismos:

un envenenamiento mezclado con cerveza y licor café
que levanta en mi cuerpo un muro de insomnio,
encima del cual me siento borracho
a vomitarle versos cargados de amor
sobre un papel maloliente.

Ella a mí no me engaña.

Que será la Natalia de cada poema de Batania
por mucho que se llame Tamara.

Quiero que me siga acompañando
a confines por descubrir,
aunque muera de frío
con su casa a dos pasos

mientras yo me quemo con jäger.

Que aguante queriendo aguantar mis teorías piagetianas
aunque se sienta cercana a John Watson.
O todos mis cobardes ladridos
sobre pesados quehaceres
siendo ella tan de gatos.

Maldigo a todo este baturrillo de palabras con sentido
que en un sinsentido de convencimientos vacíos
acuden a mí el único día que no está,

y no vengan cuando le da por sentarse a mi lado.

Será que me malacostumbra su presencia,
y que su sonrisa tiene complejo del Big Bang
que quedó en el olvido de la humanidad
después de generar el entorno de su existencia.

Que su sonrisa haya creado en mí principios copernicanos
y que dé por hecho que estoy destinado
a girar en torno a ella
sin un porqué.

O será, simplemente, que me ablandan los domingos.
Sí, va a ser eso último. Malditos domingos.

Sin perfeccionismos: te quiero

Me ciega la amplia estenosis masiva de las agujas de los relojes que se empeñan, egoísta y estoicamente, en no detenerse; tanto giran que, de tanto girar, evitan todo tipo de derroche de miradas a la naturaleza que, muerta de hastío, sin más perece.

Ahora todo se basa en goniómetros para medir perfectos ángulos, nada es blanco o negro, todo se mide dentro de escalas numéricas; ya no hay lugar para hecatombes, dónde quedan ahora los versículos que rompen con la armonía que marcan las palabras autogenéricas.

Qué fue de la poesía que era poesía, y no estas fórmulas aritméticas de palabras en las que no se escapa ni una sola letra, ni una sola tilde; en qué parte del camino los te quiero dejaron de ir por doquiera y se tulleron dejando libre el paso al neopoeta para que los asesine.

Aquí, a bordo del Nautilus del Capitán Nemo, hundiéndome en el fondo del océano de cerveza que rebosa del botellín que hay en mi mano: fuera perfeccionismos, mi última estrofa sin ángulos ni sentido va para ti. Te quiero, y me cago en los paralogismos que algún petimetre te suelte.

No te bastaba con ser musa

No tenías bastante con limpiar las nubes de mi cielo,
ni con enverdecer los naranjos de la calle de mi pueblo,
ni con multiplicar los olores de las tapas de los bares.
No tenías bastante con pintar un poco este climaterio.

Que yo solo pedía un pecho en el que llevar mis penas,
ver algún dedo de espuma naufragando en mi cerveza,
que me ayudaras a pasar la peor parte de la canícula.
Pero tú no tenías bastante, ¿no?
Tú tenías que ser más que una musa.

Y así, poco a poco,
fui pasando del odio al deseo del lunes,
de pulseras rotas en mi muñeca al tatuaje negro de la tuya.

De las drogas químicas de los callejones a la de tu sonrisa.

Si yo solo quería que me acompañaras en mi turíbulo caminar,
no te pedí nunca que me subieras a los tejados de Badajoz
y me enseñaras como se ve el Guadiana si le pones Jazz.

Pero no, tú no tenías bastante.
Tú tenías que enamorarme, ¿verdad?
Tenías que cambiar mi vida
y hacerla el triple de feliz.

No hay peor manera que esa para joder
a un poeta que vive de los versos tristes.

Lo que escupió el mar

Mirad humanidad deshumanizada
lo que ha escupido el mar.

Un médico que ya no os atenderá en el futuro
cuando las voces de la muerte os susurren al oído.
Un maestro que ya no colocará las bases de ese futuro.

Un abogado que no os defenderá de las injusticias de la justicia.
Un bombero que no defenderá nuestras sierras de vosotros.

Una novia que se quedará sola esperando a su novio en el altar,
un altar sin cura que os limpie los pecados ante vuestro Dios.
Un historiador que remueva los hilos de vuestra historia.

Un torero, un soldado, un antitaurino, un pacifista,
el sucesor de Neruda, de Picasso, de Beethoven,
un astronauta, el hombre que nos salve definitivamente,
un rico, un parado o mileurista luchador más.

Mirad humanidad deshumanizada
lo que ha escupido el mar.

Un niño que no queráis en vuestra sociedad por ser distinto.
Un niño que ya no jugará más a ser niño.
Un niño.

Veneno de adelfa

No te me presentes musa, no quiero que tú también te vayas como se fue Clío, como se fue Erato, como se fue Urania. Tú no me dejes Calíope, no me digas tu verdadero nombre, que quiero recordarte por toda tu belleza, por tu elocuencia y la épica con que vas marcando el camino de mis poemas.

Tomemos la noche pacense tú y yo solos envueltos en gente, mastiquémonos los ojos sin tener la necesidad de enamorarme. Y cuando me llegue el momento de acompañarte a tu morada, cuando me empuje a conocer tu nombre el frío del Guadiana me lo dices si quieres, dejas de ser musa y empiezo a quererte.

No sueltes tu veneno de adelfa aún, espera a que llegue el alba al menos para disfrutar antes de que me digas cómo te llamas. Contempla conmigo el firmamento en el más absoluto silencio, que las palabras se las lleve el aura de la noche y que el ingenio congele el tiempo, antes de que me digas que te llamas Tamara.

Motín en mi hipotálamo

A las intenciones aglutinadas
en los arrabales de mi hipotálamo
y propulsadas por el hígado
-porque mis ideas,
en noches como esta,
emanan del hígado
cultivadas por una mezcla
de cerveza y de ron-
les informo que han sido rechazadas,
mas que para poder ser llevadas a cabo
les abro un pequeño plazo de reclamación:

hasta el momento en que la madrugada
sea expulsada en forma de canto
por la puntual garganta del gallo,
y de paso a un sol que de sentido
al afianzamiento de mi organismo.

Ínterin dejen de desgañitarse en mi cabeza,
que han desencadenado una miscelánea
entre el núcleo preóptico y el supraquiasmático
azorando a las acetilcolinas con las melanopsinas
y están alterando mi particular ritmo circadiano.

Paren de joder y déjenme beber tranquilo.
Que el sol, en este día en concreto,
ha de pillarme con los ojos cerrados.

Cosas entre el demiurgo y yo.